

I. México, casi el paraíso

México, como dijo Bretón, es el país del surrealismo puro en el más extenso sentido de la palabra, en donde ocurren acontecimientos inconcebibles a los que, por su naturaleza sórdida, se les da una profunda difusión internacional. Información sobre las Poquianchis; sobre el asesinato de un cardenal en su Grand Marquis blanco último modelo, que fue confundido con unos narcotraficantes; o la lista de 13 billonarios en dólares, sólo por abajo de Estados Unidos y Japón, etcétera, fue publicada en todo el mundo a través de las agencias AP, AFP y algunas más. Sin embargo, muchas otras noticias, que son increíbles aun para nosotros, no se han publicado, como aquella acerca de un presidente de la república que inauguró un puente que por error se construyó en un lugar donde no había agua, ya que muchos kilómetros atrás se había erigido una presa y para justificar la obra, debía existir un río, mismo que fabricaron en 24 horas bombeando agua; o bien, el banderazo de salida que dio el presidente en Lázaro Cárdenas al primer furgón de acero, cuando era de todos sabido que la vía solamente contaba con 4 kilómetros de largo; o aquella otra del barco lleno de petróleo crudo que le robaron a la hermana de otro presidente, y que apareció vacío en Génova, abandonado por su capitán —ladrón que ya cuenta con cien años de perdón—, o bien, la fábrica de barcos hechos de concreto que fracasó en Veracruz —por obvias razones—; o la pérdida de Texas, porque atraparon dormido a Santa Ana; o la guerra del 48, que se inició nadie sabe por qué, aunque sí para qué; y miles de hechos insólitos, crímenes insolutos, fraudes inauditos, tranzas espectaculares que, si se hiciera una lista, no termi-

naríamos nunca. Si Kafka viviera en México y escribiera esas historias se convertiría en un gran escritor costumbrista. Éstas y otras razones tuvo el humor fino de algún escritor inédito, al bautizar con sarcástica ironía a nuestro país como Kafkatitlán.

Pero lo más increíble de todo es que México, a pesar de sus enormes recursos naturales y de sus extraordinarias características de riqueza aparente, codiciadas por muchos países del mundo, es un país pobre, desgraciada y terriblemente pobre si se toma en cuenta que la mayoría de la población carece de los más elementales satisfactores que la vida moderna puede ofrecer, y que 25 millones de mexicanos viven en condiciones de miseria extrema. Esto ocurre no obstante que somos el quinto país del mundo en cuanto a bienes y riquezas con que la naturaleza nos colmó, ¡y eso que perdimos la mitad de nuestro territorio! Por azares del destino, o más bien, para compensar este derroche de parabienes con que los dioses nos prodigaron, éstos, pusieron en nuestro territorio a cien millones de mexicanos únicos, incomparables, muy hábiles como pueblo plástico y creativo, pero infortunadamente, muy poco capaces de generar orden, bienestar y riqueza que pudiera convertirnos en un país primermundista. Los mexicanos somos tan listos y tan hábiles que algún día vamos a salir adelante; lo traemos en nuestra tradición y cultura de treinta siglos; de esto no hay duda en nuestra mente. Ahora bien, si pensamos que vamos a salir de pobres a base de exportar hacia los países industrializados nuestros recursos naturales —en forma de materias primas—, estamos totalmente equivocados ya que su precio será siempre regulado por las leyes de oferta y demanda del comercio internacional; y estas leyes también serán siempre impuestas por quien tiene el dinero, el revólver o el sartén por el mango. Por lo tanto, podríamos estar olvidando desde ahora que nuestra solución está en la venta o exportación de nuestros materiales. Esto, que en algo ayuda, no es la solución. Nuestra única y real salida será invertir miles de millones de dólares en educación, educación y más educación que conseguiremos si realizamos durante años un enorme y,

hasta ahora, inimaginable esfuerzo QUE LLEVE AL PUEBLO LE-TRA, PAN Y JABÓN COMO DIJO VASCONCELOS.

El presente trabajo no es un estudio técnico sobre el turismo en México. A este respecto, es suficiente lo que se ha escrito ya en grandes volúmenes y compendios que contienen la "verdad oficial" que, en forma de versiones o estadísticas —algunas de nuestras autoridades— se ha pretendido durante años hacernos creer.

Esos libros técnicos, que entre paréntesis, se han escrito con más deseo de agradar al gobierno que el de decir la verdad, se usan en escuelas y universidades de turismo en México y algunos países de Latinoamérica; con toda seguridad, generan corrientes de pensamiento y opinión acerca de lo que acontece en México en relación con nuestra industria sin chimeneas.

Estas opiniones generalizadas, que han sido aceptadas por todos los medios con excepción de la industria turística —que está sufriendo horrores y al borde de la ruina debido a las políticas adoptadas— y en las mentes de algunos estudiosos que no se atreven a hablar porque tienen que sobrevivir, son, entre otras, las siguientes:

"Que México está a punto de convertirse en el gigante del turismo mundial".

"Que la curva de crecimiento del turismo en México es verdaderamente extraordinaria".

"Que todos los hoteleros están multimillonarios en virtud de las altas cuotas que cobran a los turistas, tanto mexicanos como extranjeros".

"Que recibimos 30 millones de norteamericanos, canadienses y europeos, que nos dejan billones de pesos".

"Que los turistas extranjeros, ya no se enferman cuando vienen a México y que ya no le temen a la insalubridad".

"Que una vez aquí, los turistas están felices y no tienen ninguna queja en contra de México o de los mexicanos".

"Que los turistas hablan tan bien de sus vacaciones en México que sólo esperan la oportunidad para regresar".

"Que el turismo está tan bien, que muy pronto las divisas que se reciben por este concepto van a superar a las del petróleo, a las remesas de nuestros emigrados y otras más. Y que no existe ningún déficit de turismo"

"Que la baja que sufrimos en la actualidad se debe principalmente a la globalización o a la fuerte competencia internacional, o a esas terribles mujeres que nos azotaron (Wilma, Emily y Janet) y que esta tendencia en la curva es del todo normal y que ocurre cada diez años."

Nada más lejos de la realidad, como lo veremos en estas páginas sin necesidad de presentar cuadros o tablas estadísticas que intenten convencer a los neófitos o inocentes, quienes caen en la más tierna trampa tendida por los burócratas o demagogos, consistente en creer todo lo que se demuestre con gráficas o curvas de estadísticas. Aquí hemos prescindido de ellas, partiendo del viejo adagio de que hay cuatro tipos de falsedades: las exageraciones, las mentiras, las falacias y... las estadísticas. Se incluyen algunas anécdotas, historias, chismes, cuentos y opiniones que, de alguna manera, tienen relación con nuestra problemática turística. Pero lo más importante es que no sólo se presentan problemas, ya que ver la viga en el ojo ajeno es fácil, sino también soluciones planteadas en forma objetiva, que puedan a corto, mediano y largo plazo resolverlos en forma definitiva. Nuestro gobierno ha tratado de resolver los graves y profundos problemas económicos y de educación popular; desgraciadamente, los resultados han sido, hasta ahora, poco satisfactorios. Aunque los gobiernos postrevolucionarios han dedicado casi el 70 por ciento de sus presupuestos a la educación, la verdad es que no se ha conseguido nada, o casi nada. Dicen las malas lenguas extranjeras, que el gobierno no

quiere resolver de fondo este problema, porque sabe que a un indígena o a un mestizo educado no lo podría controlar nunca, y correría el riesgo de que se pusieran todos de acuerdo para tumbar al gobierno. Esto no es cierto, todos sabemos que el gobierno mismo acepta que cualquier mexicano —si es educado, listo y diligente— llegue hasta donde su capacidad se lo permita, sin importar el color, credo u origen; mencionar el caso de Juárez, lugar común por su falta de originalidad, sería cometer un grave error literario. Los acontecimientos en Chiapas, Guerrero y Oaxaca y la forma de resolver el problema con los neo-zapatistas, los maestros oaxaqueños alzados nos demuestra el esfuerzo de conciliación del gobierno para apoyar a las clases económicamente más débiles, y para perdonar a todos los que elevaron su protesta en forma beligerante. Los esfuerzos no han sido suficientes y cada vez estamos en peores condiciones, si se toma en cuenta el número de mexicanos que sufre un deterioro creciente en sus condiciones de vida, así como el hecho de que la población indígena o mestiza, que carece de los elementos básicos para su sustento, no obtiene los resultados esperados de los sistemas de educación primaria y media para sus hijos. Se ha avanzado mucho pero no lo suficiente. Hasta fines del 2005 se habían obtenido algunos logros, que, entre otros, podemos señalar:

- Controlar la galopante inflación iniciada en 1972.
- Meter en cintura a muchos líderes y caciques explotadores.
- Desprivatizar bancos y paraestatales para hacer obras sociales.
- Aumentar considerablemente las reservas internacionales.
- Renegociar la deuda externa con descuentos y plazos.
- Organizar cambios en las leyes para fomentar la inversión extranjera.
- Privatizar el ejido para que haga honor a su nombre y se convierta en salida al éxito.

- ▶ Ejido=exitus=salida=éxito.
- ▶ Eliminación de miles de trabas y trámites burocráticos.
- ▶ Facilitar la apertura al libre comercio con Estados Unidos, Canadá, Chile y otros países.

Es necesario devolver la confianza a los mexicanos para competir y, principalmente, conseguir que todos, o cuando menos la mayoría, estemos de acuerdo en que es indispensable un cambio, ¡pero ya! ¡HOY! ¡HOY! ¡HOY!

A pesar de que algunas cosas ya marchan por el buen camino, nos falta mucho. La democracia no aparece por ninguna parte, aunque el PAN obligado por la presión de EUA ha cedido espacios de control. La división de poderes sigue siendo un mito; y la repartición de la riqueza... eso sí es una realidad: se la reparten entre los trescientos ricos. Los bancos, nacionalizados PRIMERO Y EXTRANJERIZADOS DESPUÉS en lugar de ofrecer apoyo, lo que desean es recuperarse lo más pronto posible; prueba de ello es que Banamex y Bancomer, que por su tamaño ocupan los lugares 150 y 170 respectivamente a nivel mundial, tienen mayores utilidades que muchos que están en los primeros. Es inútil que pretendan y traten de convencernos, con publicidad barata y mal dirigida, de que somos un gran país industrializado... en potencia; el cual, a base de inversión y financiamientos para la importación de bienes de capital y de educación para nuestro pueblo, va a convertirse en un gigante de la industria que pueda competir ventajosamente con Estados Unidos, Alemania y Japón. Esto no va a suceder nunca. Jamás nos lo van a permitir los anglos, que son los dueños del mundo, y sus hijos, que por alguna casualidad se convirtieron en nuestros vecinos del norte. Tenemos que convencernos de que si queremos, si realmente deseamos salir de pobres, y elevar nuestro nivel de educación y el ingreso *per capita* de todos los mexicanos, a niveles iguales que los de los países primermundistas, no tenemos otra alternativa que usar nuestra habilidad e ingenio para vender a los extranjeros lo que tenemos de calidad y a plenitud y que,

además, no se gastará nunca. Esto es, nuestras playas, sol radiante, clima tropical, hospitalidad, historia, tradiciones, zonas arqueológicas y otros conceptos de gran atractivo turístico.

Estos recursos —eternos, no degradables y renovables— con que la naturaleza nos prodigó son extraordinarios. Ahora bien, si no los ofrecemos junto con un servicio de primera, no dejaremos de ser un país turístico de tercera. Aquí es en donde realmente tenemos que cambiar si queremos competir a nivel mundial. Cuando en el futuro podamos decir que rebasamos a España al recibir a cuarenta millones de turistas de internación cada año, y que cada uno de ellos regresa a su casa FELIZ de haber estado en México y cuente a sus amigos y vecinos cosas maravillosas de nosotros, entonces podremos asegurar que tenemos una industria de la hospitalidad, basada en el *turismo feliz*, que nos va a sacar de pobres. Cuando rebasemos a España, que tiene cuatro veces menos playas que nosotros, o a Las Vegas, con sus 30 millones de turistas que sólo buscan diversión y algo de suerte en el juego (aunque saben que siempre perderán), será sólo porque estaremos ofreciendo, junto con nuestro sol, clima, playas y sitios llenos de historia y magia esotérica, un paquete completo de diversión, entretenimiento, bienestar, higiene, y cortesía. Sin eso, ni soñando podremos rebasarlos (para dar una idea de nuestra posición, Tenerife, una isla pequeña de las Canarias, obtiene igual turismo de internación que todo nuestro país).

Según las estadísticas y cifras esperadas para principios del siglo XXI se espera que lleguen a México y se internen a nuestro territorio —no sólo a las ciudades fronterizas— más de cuarenta millones de turistas extranjeros anualmente, que dejarán cerca de veinte mil millones de dólares en México. Como plan, suena razonable y atractivo, pero de esta simple aseveración adelantada por uno de nuestros planificadores basado únicamente en estadísticas y curvas de crecimiento turístico, surgen cientos de preguntas. Entre ellas, podríamos mencionar: ¿Qué vamos a hacer para poder recibir aproximadamente 120 000 turistas al día y tratarlos en forma correcta? ¿Qué tendre-

mos que hacer, y cómo vamos a cambiar nuestros malos hábitos para que estos turistas regresen a México y nos dejen, en diez años, otros cuatrocientos mil millones de dólares que con urgencia necesitamos para invertir en infraestructura y crecer al ritmo de 6 o 7 por ciento anual, y resolver así nuestros problemas económicos y educativos en forma definitiva?

La verdad es que no estamos preparados para esto, y el planificador mencionado no tiene tampoco ni idea de lo que vamos a tener que cambiar para recibir en forma adecuada a tantos turistas, y sobre todo, para conseguir que todos regresen a sus lugares de origen FELICES de haber venido a México.

Estamos concientes del maravilloso país que tenemos y de lo que puede ofrecer. El problema no es México, sino nosotros los mexicanos. Para que podamos resolverlo, es necesario que hagamos un profundo análisis de lo que somos, y que en forma conjunta, sólida, espontánea y al unísono, como cuando apoyamos a la selección de fútbol en un campeonato mundial, nos percatemos que la única solución a nuestros problemas económicos es que entre todos convirtamos a México en el campeón mundial del turismo, ganándole a España, Francia y Estados Unidos.

Todo esto, con base en el Plan de Turismo Feliz que presentamos, el cual no tiene más pretensiones que el de exponer no sólo una lista de problemas, narraciones y explicaciones relativas, sino también analizar algunas medidas que podrían ser soluciones clave.